

donde yo vivía antes. Caballero, considéreme como un servidor. Si alguna vez necesita usted de mí ó le roban algo, ya sabe que estoy á sus órdenes.

—Vaya—dijo Poiret á la señorita Michonneau,—hay quien al oír hablar de la policía se subleva, y sin embargo ya ve usted que este señor es muy amable y que lo que le pide no puede ser más sencillo.

El día siguiente debía ocupar lugar preferente entre los más extraordinarios de la historia de la casa Vauquer. Hasta entonces el acontecimiento más saliente de aquella vida apacible había sido la aparición meteórica de la falsa condesa de Ambermesnil. Pero todo iba á eclipsarse ante las peripecias de aquel gran día, que había de ser eterno objeto de las conversaciones de la señora Vauquer. Goriot y Eugenio de Rastignac durmieron hasta las once. La señora Vauquer, que había vuelto del teatro á las doce, se quedó en la cama hasta las diez, y el prolongado sueño de Cristóbal, que había acabado el vino que le había dado Vautrín, originó retrasos en el servicio de la casa. Poiret y la señorita Michonneau se quejaron de que el almuerzo se atrasase, y respecto á Victorina y la señora Couture, durmieron hasta las nueve de la mañana. Vautrín salió antes de las ocho y volvió en el momento en que el almuerzo estaba servido. Nadie se quejó, pues, cuando á eso de las once y cuarto, Silvia y Cristóbal fueron á llamar á todas las puertas diciendo que el almuerzo iba á servirse. Mientras que Silvia y el criado se ausentaron, la señorita Michonneau, que había bajado primero que nadie, derramó la poción en el cubilete de plata de Vautrín, cubilete en el cual se calentaba, al baño de maría,

la crema para su café. La solterona había contado con esta particularidad de la posada para llevar á cabo el cometido. Aunque no sin algunas dificultades, los siete huéspedes se encontraron al fin reunidos. En el momento en que Eugenio se desperezaba y se decidía á bajar, un recadero le entregó una carta de la señora de Nucingen. Esta carta estaba concebida en estos términos:

«Amigo mío: No soy vanidosa ni siento rencor contra usted. Le esperé hasta las dos de la madrugada. ¡Esperar al ser que se ama! El que ha conocido este suplicio no se lo impone á nadie. Ya se conoce que ama usted por primera vez. ¿Qué ha ocurrido? La inquietud se ha apoderado de mí, y, si no temiese descubrir los secretos de mi corazón, habría ido á saber qué acontecimiento feliz ó desgraciado le ha ocurrido. Pero ¿salir á aquellas horas á pie ó en coche, no era perderse? He sentido la desgracia de ser mujer. Tranquílizame, explíqueme por qué no ha venido después de lo que le ha dicho mi padre. Me enfadaré, pero le perdonaré. ¿Está usted enfermo? ¿Por qué vivir tan lejos de mí? Una palabra, por favor. Hasta muy pronto ¿verdad? Si está usted ocupado, con cuatro letras me bastará. Dígame: «voy ó sufro». Pero si se encontrase usted mal, mi padre hubiera venido á decírmelo. ¿Qué habrá ocurrido...?»

—Sí ¿qué habrá ocurrido?—exclamó Eugenio entrando precipitadamente en el comedor y guardando la carta sin acabarla. ¿Qué hora es?



—Las once y media—dijo Vautrín mientras tomaba el café.

El presidiario escapado dirigió á Eugenio esa mirada friamente fascinadora de que disponen algunos hombres eminentemente magnéticos, con la cual, según dicen, se calma á los locos en los manicomios. Eugenio tembló de pies á cabeza. El ruido de un coche se oyó en la calle, y un criado con la librea del señor Taillefer entró precipitadamente, con aire azorado, exclamando:

—Señorita, su señor padre la llama: ocurre una gran desgracia. El señorito Federico se ha batido en duelo, ha recibido una estocada en la frente, y los médicos desesperan de salvarle. No tiene ya conocimiento, y difícilmente llegará usted á tiempo para despedirse de él.

—¡Pobre joven!—exclamó Vautrín.—¿Cómo hay quien se bate teniendo treinta mil francos de renta? No hay duda que la juventud es muy loca.

—¡Caballero!—le gritó Eugenio.

—¿Qué hay, jovenzuelo?—dijo Vautrín acabando de beber tranquilamente su café, operación que la señorita Michonneau seguía con mirada demasiado atenta para que le interesase el acontecimiento extraordinario que asombraba á todo el mundo.—¿Acaso no hay duelos todas las mañanas en París?

—Victorina, yo voy con usted—decía la señora Couture.

Y aquellas dos mujeres huyeron sin chal ni sombrero. Antes de marcharse, Victorina, con los ojos arrasados en lágrimas, dirigió á Eugenio una mirada que

significaba: «No creía que nuestra dicha hubiese de costarme tantas lágrimas.»

—¡Caramba! ¿es usted acaso profeta, señor Vautrín?—dijo la señora Vauquer.

—Yo lo soy todo—dijo Jacobo Collín.

—¡Es raro!—repuso la señora Vauquer desembuchando una serie de frases insignificantes acerca de aquel acontecimiento.—La muerte nos sorprende sin consultarnos, y los jóvenes se van á veces antes que los viejos. Nosotras, las mujeres, tenemos la dicha de no estar expuestas al duelo; pero en cambio sufrimos otras cosas que no sufren los hombres. Tenemos hijos, y el mal de madre dura mucho tiempo. Esto es el premio gordo para Victorina, porque su padre no tendrá más remedio que adoptarla.

—Así es el mundo—dijo Vautrín mirando á Eugenio.—Ayer no tenía un céntimo y hoy nada en millones.

—Vaya, señorito Eugenio, veo que ha tenido usted buen ojo—exclamó la señora Vauquer.

Al oír esta interpelación, el padre Goriot miró al estudiante, y vió que éste tenía en la mano la carta de su hija y la arrugaba.

—¡Cómo! ¿no ha acabado usted de leerla? ¿Qué significa eso? ¿Será usted también como los otros?—le preguntó Goriot.

—Señora, yo no me casaré nunca con la señorita Victorina—dijo Eugenio dirigiéndose á la señora Vauquer con un tono de horror y de desprecio que sorprendió á los asistentes.

El padre Goriot hubiera querido besarle la mano, pero se contentó con estrechársela.



—¡Oh! ¡oh!—exclamó Vautrín—*Col tempo!* suelen decir los italianos.

—Espero contestación—dijo á Rastignac el recadero de la señora de Nucingen.

—Dígale usted que iré.

El recadero se fué. Eugenio estaba en un estado tal de irritación, que no le permitía ser prudente.

—¿Qué hacer?—decía en voz alta hablando consigo mismo.—No hay pruebas.

Vautrín se sonrió. En aquel momento la poción empezaba á operar sus efectos. Sin embargo, el presidiario era tan robusto, que se levantó, miró á Rastignac y le dijo con voz hueca:

—Joven, cuando menos se lo figura uno, se está labrando la felicidad.

Y cayó desplomado como un cuerpo muerto.

—¿Hay, pues, una justicia divina?—dijo Eugenio.

—¿Qué le pasa al pobre señor Vautrín?

—¡Una apoplejía!—gritó la señorita Michonneau.

—¡Silvia, hija mía, vaya á buscar al médico, corral—dijo la viuda.—¡Ah! señor de Rastignac, suba usted á escape á la habitación del señor Bianchón, porque es fácil que Silvia no encuentre á nuestro médico, el señor Grimprel.

Rastignac, satisfecho de tener un pretexto para abandonar aquella espantosa caverna, se fué corriendo.

—Vamos, Cristóbal, corra á la botica á pedir algo contra la apoplejía.

Cristóbal salió.

—Pero, padre Goriot, ayúdenos usted á llevarle allá arriba—dijo la señora Vauquer cogiendo á Vautrín y disponiéndose á llevarlo á su cama.

—Yo no les sirvo de nada, y, por consiguiente, me voy á ver á mi hija.

—Vete, viejo egoísta; ¡ojalá que te vea morir como un perro!

—Pero, vaya usted á ver si tiene éter—dijo á la patrona la señorita Michonneau, la cual, ayudada por Poiret, le había desabrochado las ropas á Vautrín.

La señora Vauquer bajó á su habitación y dejó dueña del campo á la señorita Michonneau, la cual había recibido orden de que diese al presidiario una fuerte palmada en la espalda á fin de ver si en medio de la rubicundez que le produjese el golpe, aparecerían dos letras, las cuales serían señal de que el tal señor Vautrín era el presidiario fugado.

—Vamos, quítele usted la camisa y vuélvale en seguida. Sírvame usted al menos para algo, y no se quede ahí como un tonto—dijo la Michonneau á Poiret.

Vuelto Vautrín, la señorita Michonneau le dió una fuerte palmada en la espalda, y las dos fatales letras aparecieron en blanco en medio del color rojo que había producido el golpe.

—Vamos, bien pronto ha ganado usted su gratificación de tres mil francos—exclamó Poiret manteniendo de pie á Vautrín, mientras que la señorita Michonneau le bajaba la camisa. ¡Uf! ¡cómo pesa!—repuso acostándole.

—¡Cállese usted! ¿Y si tuviese una caja?—se apresuró á decir la solterona, cuyos ojos examinaban con tanta avidez todos los muebles del cuarto, que parecían atravesar los muros.—¿Si pudiésemos abrir este secreter con un pretexto cualquiera?



—¡Oh! acaso haríamos mal—respondió Poiret.

—No, el dinero robado que ha pertenecido á mucha gente no es de nadie. Pero nos falta tiempo, ya oigo á la Vauquer.

—Aquí está el éter—dijo la patrona.—¡Vaya por Dios! hoy es día de aventuras. Pero este hombre no tiene aspecto de estar enfermo, porque está blanco como un pollo.

—¿Como un pollo?—repitió Poiret.

—Sí; y el corazón la late con regularidad.

—¿Con regularidad?—dijo Poiret asombrado.

—Sí, me parece que no está muy malo.

—¿Le parece á usted?—preguntó Poiret.

—Hombre, ¿no ve usted que está lo mismo que dormido? Silvia ha ido á buscar un médico. Mire, señorita Michonneau, mire cómo aspira el éter. ¡Bah! es un *se-pasa* (un espasmo). El pulso está bien. Es fuerte como un turco. ¿Ve usted, señorita, qué pecho más robusto? Este hombre vivirá cien años. Y la peluca veo que se le sostiene. ¡Toma! como que está pegada. Lleva peluca postiza porque es rojo. He oído decir siempre que los rojos son todos buenos ó malos. ¿Será éste bueno?

—Sí, para colgarlo de un árbol—dijo Poiret.

—Querrá usted decir del cuello de alguna mujer bonita—exclamó vivamente la señorita Michonneau.—Vaya, señor Poiret, retírese, que el cuidar enfermos es cosa nuestra. Además ¿de qué nos sirve usted aquí? Váyase á paseo, que ya cuidaremos á Vautrín la señora Vauquer y yo.

Poiret se fué muy despacio sin murmurar, como perro que ha recibido un puntapié de su amo. Rastignac había

salido para andar, para tomar el aire, porque se ahogaba. Había querido impedir aquel crimen cometido a una hora dada. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué debía hacer? Temía ser cómplice de aquel asesinato, y la sangre fría de Vautrín le asustaba.

—Sin embargo, si Vautrín muriese sin hablar...—se decía Rastignac al mismo tiempo que corría á través de los paseos del Luxemburgo, cual si fuese perseguido por una jauría de perros cuyos ladridos le parecía oír.

—¡Holal! ¿has leído *El Piloto*?—le dijo Bianchón.

*El Piloto* era una hoja radical dirigida por el señor Tissot, hoja que se tiraba para provincias algunas horas después de los periódicos de la mañana y que anticipaba siempre las noticias.

—Trae el relato de un hecho sensacional. El hijo de Taillefer se ha batido en duelo con el conde de Franchesini, y ha recibido en la frente una herida de dos pulgadas de profundidad. Mira tú por dónde Victorina pasa á ser una de las herederas más ricas de París; ¿eh? si hubiésemos sabido esto. ¡Qué gran lotería es la muerte! ¿Es verdad que Victorina te miraba á ti con buenos ojos?

—Calla, Bianchón; yo no me he de casar nunca con ella. Amo á una mujer deliciosa y soy amado.

—Dices eso como si te batieses en retirada para no ser infiel. Pero, dime ¿qué mujer puede valer el sacrificio de la fortuna de la señorita Taillefer?

—Hombre, parece que todos los demonios del infierno me persiguen hoy—exclamó Rastignac.

—Pero ¿qué te pasa? ¿estás loco?—dijo Bianchón.— Dame la mano, que te tomaré el pulso. Tienes fiebre.

—Mira, ahora que me acuerdo, corre á la posada,



porque acaba de caer como muerto por un accidente ese bandido Vautrín—le dijo Eugenio.

—¡Hombre! tus palabras me confirman ciertas sospechas que yo tenía—dijo Bianchón dejando sólo á Rastignac.

El largo paseo del estudiante de derecho fué solemne, y durante él tuvo en cierto modo una verdadera lucha con su conciencia. Se probó, se examinó, titubeó; pero al menos su probidad salió templada de aquella áspera y terrible discusión cual barra de hierro que resiste á todos los ensayos. Recordó las confidencias que el padre Goriot le había hecho la víspera, se trasladó con el pensamiento á la habitación tomada para él al lado de Delfina, sacó la carta de ésta, la volvió á leer y la besó.

—Este amor es mi ánora de salvación—se dijo.— Ese pobre anciano ha sufrido mucho, y no quiere contar sus penas; pero ¿quién no las adivinaría? Sí, cuidaré de él como un padre y le procuraré mil goces. Si ella me ama, vendrá con frecuencia á mi casa á pasar los días á su lado. Esa gran condesa de Restaud es una infame que no tiene cariño á su padre. Mi querida Delfina es mejor para él y la considero digna de ser amada. ¡Ah! esta noche seré al fin feliz—dijo sacando el reloj y admirándolo.—Todo me ha salido bien. Cuando dos se quieren de verdad y para siempre, les está permitido ayudarse. De modo que bien puedo yo recibir esto sin escrúpulo. Por otra parte, yo seguramente medraré y podré devolvérselo centuplicado. En esta unión no hay crimen ni nada que pueda hacer fruncir las cejas á la virtud más severa. Nosotros no engañamos á nadie, y lo

que envilece al hombre es la mentira. ¿Mentir no es abdicar? Ella hace ya tiempo que está separada de su marido, y, por otra parte, yo le diré á ese alsaciano que me ceda su mujer, ya que él no puede hacerla feliz.

El combate de Rastignac duró mucho, y, aunque hubiesen salido vencedoras las virtudes de la juventud, una curiosidad invencible le llevó al obscurecer, á eso de las cuatro y media, á la posada Vauquer, posada que había jurado abandonar para siempre. Eugenio quería saber si Vautrín había muerto. Después de haberle administrado un vomitivo, Bianchón había hecho llevar al hospital las materias vomitadas por Vautrín, á fin de analizarlas químicamente. Al ver la insistencia de la señorita Michonneau para arrojarlas al estercolero, las dudas del estudiante aumentaron. Por lo demás, Vautrín quedó muy pronto restablecido para que Bianchón no tuviese la seguridad de que se había tramado algún complot contra el alegre bromista de la posada. Cuando Rastignac volvió, Vautrín se hallaba ya de pie al lado de la estufa del comedor. Atraídos antes que de costumbre por la noticia del duelo de Taillefer, los huéspedes, curiosos por conocer los detalles del hecho y la influencia que había de tener en el destino de Victorina, se hallaban reunidos todos, menos el padre Goriot, y comentaban la aventura. Cuando Eugenio entró, sus ojos se encontraron con los del imperturbable Vautrín, cuyas miradas penetraron de tal modo en su corazón, que le hicieron temblar.

—Hijo mío—le dijo el presidiario evadido,—la muerte tardará en vencerme. Según estas señoras, he soportado



victoriosamente una apoplejía que hubiera podido matar á un buey.

—Hombre, ¡ya podría usted decir á un toro!—exclamó la señora Vauquer.

—¿Le disgusta acaso encontrarme vivo?—dijo Vautrín al oído á Rastignac, cuyos pensamientos creyó adivinar. —Ese proceder sería propio de un hombre muy ladino.

—¡Caramba!—dijo Bianchón—la señorita Michonneau hablaba ayer de un señor llamado Burla-la-Muerte, y ese nombre le sentaría á usted perfectamente.

Esta palabra produjo el efecto de un mazazo en Vautrín, el cual palideció y vaciló, y su mirada magnética cayó como un rayo de sol sobre la señorita Michonneau, la que sintió que le flojeaban las piernas. La solterona sudaba la gota gorda, y Poiret se apresuró á interponerse entre Vautrín y ella al verla en peligro; tan ferozmente significativa se había vuelto la cara del forzado, abandonando la benigna máscara con que ocultaba su verdadero modo de ser. Sin comprender aún nada de aquel drama, todos los huéspedes guardaron silencio. En este momento se oyeron pasos de varios hombres en la calle y el ruido de algunos fusiles contra la acera. En el instante en que Collín buscaba maquinalmente una salida mirando á las paredes y ventanas, cuatro hombres se presentaron en la puerta del comedor. El primero era el jefe de policía, y los otros tres oficiales de paz.

—¡En nombre de la ley y del rey!—dijo uno de los oficiales, cuyas palabras fueron ahogadas por un murmullo de asombro.

El silencio no tardó en reinar en el comedor y los huéspedes se separaron para dejar paso á los tres hom-

bres, que llevaban la mano en el bolsillo del costado acariciando sendas pistolas cargadas. Dos gendarmes que seguían á los agentes ocuparon la puerta del salón, y otros dos la que daba á la escalera. El paso y los fusiles de varios soldados resonaron en el arroyo; así es que desapareció toda esperanza de huida para Burla-la-Muerte, en quien se habían fijado todas las miradas. El jefe de policía se encaminó hacia él, y empezó por darle en la cabeza un cachete con tanta violencia, que hizo saltar la peluca de Collín y dejó al descubierto su horrible cabeza. Provisto de cabellos rojos y cortos que le daban un espantoso aspecto de fuerza y de astucia, aquella cabeza y aquella cara, que armonizaban con el busto, fueron iluminados por los ojos como si los fuegos del infierno los hubiesen alumbrado. Todo el mundo comprendió entonces el pasado, el presente y el porvenir de Vautrín, sus doctrinas implacables, el imperio que le daba el cinismo de sus pensamientos y de sus actos, y la fuerza de una organización acostumbrada á todo. La sangre se le subió á la cabeza, sus ojos brillaron como los de un gato y dió un salto con tan feroz energía, que todos los huéspedes lanzaron un grito de terror. Al ver este gesto de león, los agentes sacaron las pistolas. Collín comprendió el peligro viendo brillar el gatillo de las armas y dió de pronto prueba de una gran fuerza de voluntad. ¡Horrible y magestuoso espectáculo! Su fisonomía ofreció un fenómeno que sólo puede compararse con el de la caldera llena de ese vapor humeante que levantaría montañas y que es disuelto en un instante por una gota de agua fría. La gota de agua que enfrió su rabia fué una reflexión



rápida como el rayo. Collín sonrió, contempló su peluca y le dijo al jefe de policía:

—Ya no estás en tus buenos tiempos.

Y tendió las manos á los gendarmes llamándoles con un movimiento de cabeza.

—Señores gendarmes, pónganme las esposas ó los grillos. Tomo á estos señores por testigos de que no he hecho resistencia.

Un murmullo admirativo, arrancado por la rapidez con que la lava y el fuego salieron y entraron en aquel volcán humano, resonó en el comedor.

—Con esto no podrás hacer lo que pretendes, señor farsante—repuso el presidiario dirigiéndose al célebre jefe de policía.

—Vamos, que se desnude—dijo con desprecio el hombrecito de la calle de Santa Ana.

—¿Para qué?—dijo Collín.—Hay damas, y yo no niego nada y me rindo—añadió Burla-la-Muerte haciendo una pausa luego, y mirando á la asamblea como un orador que va á decir cosas sorprendentes.—Escriba usted papá Lachapelle—repuso dirigiéndose á un anciano de cabellos blancos que se había sentado á un extremo de la mesa después de haber sacado pluma y papel.—Reconozco ser Jacobo Collín, apodado Burla-la-Muerte y condenado á veinte años de trabajos forzados. Acabo de probar que tengo merecido mi apodo. Si yo hubiese levantado únicamente la mano—dijo á sus compañeros de posada,—estos tres espías me hubieran descuartizado en el propio hogar doméstico de mamá Vauquer.

—¡Dios mío! ¡esto es para matar á cualquiera!—dijo la señora Vauquer al oír estas palabras.—¡Y yo

que estaba ayer con él en el Teatro de la Alegría!

—Filosofía, mamá—repuso Collín.—¿Acaso es una desgracia haber ido ayer á mi palco? ¿Creen ustedes ser mejores que nosotros? Nosotros tenemos menos crímenes en la conciencia que ustedes en el corazón, miembros podridos de una sociedad gangrenada; el mejor de ustedes no me gana á nobleza—añadió fijando sus ojos en Rastignac, al cual dirigió una sonrisa graciosa que contrastaba singularmente con la ruda expresión de su rostro.—En caso de aceptación, tengo entendido que el trato continúa, ángel mío, ¿me comprende usted?

Y se puso á tararear esta canción:

Me encanta mi querida  
Con su gran sencillez.

El presidio con sus costumbres y su lenguaje, con sus bruscas transiciones de lo horrible á lo cómico, su espantosa grandeza, su familiaridad y su bajeza, fué de pronto representado por aquel hombre, que no fué ya un hombre, sino el tipo de toda una nación degenerada, de un pueblo salvaje y brutal. En un momento Collín pasó á ser un poema infernal, donde se pintaron todos los sentimientos humanos menos el arrepentimiento. Su mirada era la del arcángel caído que quiere seguir en guerra. Rastignac bajó los ojos aceptando aquel parentesco criminal como una expiación de sus malos pensamientos.

—¿Quién me ha delatado?—dijo Collín paseando su terrible mirada por la asamblea.—¿Has sido tú, vieja bruja?—dijo fijando sus ojos en la señorita Michonneau. Sí, tú has sido la que ha provocado mi accidente. Di-



ciendo dos palabras, podría hacer que estuvieses muerta dentro de ocho días; pero te perdono porque soy cristiano. Además, no eres tú la que me has vendido. Pero ¿quién? ¡Ah! ¿estáis registrando el cuarto?—exclamó al oír que los oficiales de policía judicial abrían los armarios y se apoderaban de sus efectos.—Los pájaros volaron ayer y no sabréis nada. Mis libros de comercio están aquí—dijo golpeándose en la frente. Ahora ya sé quién me ha vendido. Sólo ha podido ser ese maldito *Hilo de Seda* ¿verdad, padre apresador?—le dijo al jefe de policía.—La cosa concuerda demasiado con la permanencia de los billetes de banco allí arriba. Pero ya no hay nada, amigos míos. Respecto á Hilo de Seda, estará muerto antes de quince días, aunque lo custodie toda la gendarmería. ¿Qué le habéis dado á esa bruja? ¿mil escudos?—preguntó á los agentes de policía.—Vieja cascada, Pompadour andrajosa, Venus de cementerio, yo te hubiera dado más, y si me hubieses advertido tendrías ahora seis mil francos. ¡Ah! no lo sospechaste siquiera, sino hubieras acudido á mí. Pero sí, te los hubiera dado por evitar un viaje que me contraría y que me hace perder dinero—decía mientras le ponían las esposas.—Esta gente se va á complacer en retenerme una infinidad de tiempo para aturdirme. Si al menos me enviasen en seguida á presidio, no tardaría en reanudar mis ocupaciones, porque todos se desharían para que su general Burla-la-Muerte se evadiese. ¿Hay alguno de vosotros que tenga como yo más de diez mil hermanos dispuestos á sacrificarse?—preguntó con orgullo.—¿Sabéis de que depende esto? de que aquí hay algo bueno—dijo golpeándose en el corazón.—Yo no he hecho nunca traición

á nadie. Mira, lechuza, mira—dijo dirigiéndose á la solterona,—todos me miran con terror, mientras que tú les inspiras asco. Recoge el premio de tu acción. ¿Sois tontos vosotros? ¿no habéis visto nunca un presidiario?—dijo después de una pausa dirigiéndose á los huéspedes.—Un presidiario del temple de Collín es un hombre que vale más que los otros y que protesta de las profundas decepciones del contrato social, como dice Juan Jacobo, de quien soy discípulo á mucha honra. En fin, yo luto solo contra el gobierno con sus tribunales, oficinas y gendarmes y me burlo de él.

—¡Diantre!—dijo el pintor—qué buen cuadro podría sacarse ahora.

—Dime, menino del señor verdugo, gobernador de la VIUDA (nombre lleno de terrible poesía que los presidiarios dan á la guillotina); sé buen muchacho—añadió dirigiéndose al jefe de policía—y dime si fué Hilo de Seda el que me vendió. Sentiría que pagase por otro, lo cual sería injusto.

En este momento, los agentes, que lo habían inventariado y abierto todo en su cuarto, hablaron en voz baja al jefe de policía. El proceso verbal había acabado.

—Señores—dijo Collín dirigiéndose á sus compañeros de hospedaje,—van á llevarme; todos ustedes se han portado bien conmigo, y yo se lo agradezco y les digo adiós. Ya me permitirán que les mande higos de Provenza.

Dicho esto, dió algunos pasos y se volvió para mirar á Rastignac.

—Adiós, Eugenio—le dijo con voz amable y triste



que contrastaba con el tono brusco de sus palabras.—Si necesitas ayuda, te dejo un amigo adicto.

Á pesar de las esposas, Collín pudo ponerse en guardia, y gritando: «¡uno! ¡dos!» se tiró á fondo.

—En caso de desgracia, dirígete allí. Hombre y dinero, puedes disponer de todo.

Aquel singular personaje dijo estas últimas palabras con tono bastante burlón para que sólo pudiesen ser entendidas por Rastignac. Cuando los soldados, los gendarmes y los agentes de policía abandonaron la casa, Silvia, que humedecía con vinagre las sienes de su ama, miró á los asombrados huéspedes y les dijo:

—De todos modos, era un buen hombre el señor Vautrín.

Esta frase rompió el encanto que les producía á todos la afluencia y diversidad de sentimientos nacidos á causa de aquella escena. En aquel momento los huéspedes, después de examinarse unos á otros, se fijaron en la señorita Michonneau, la cual, arrugada, seca y fría como una momia, estaba acurrucada junto á la estufa con los ojos bajos, como si temiese que la sombra de la pantalla de la lámpara no bastase para ocultar la expresión de sus miradas. Aquella figura, que les era antipática hacía ya tiempo, acabó por ser comprendida. Un murmullo que, por la perfecta unidad de su sonido, denotaba una repugnancia unánime, resonó sordamente. La señorita Michonneau lo oyó, y no se atrevió á moverse. Bianchón fué el primero que, aproximándose á su vecino, le dijo en voz alta:

—Si esa mujer continúa viviendo con nosotros yo me voy al instante.

En un abrir y cerrar de ojos, todos los concurrentes, menos Poiret, aprobaron la proposición del estudiante de medicina, el cual, mediante la adhesión general, se dirigió á Poiret diciéndole:

—Usted que está en buenas relaciones con ella, háblele y hágale comprender que debe marcharse al instante.

—¡Al instante!—repitió Poiret asombrado.

Después se dirigió á la solterona y le dijo algunas palabras al oído.

—Yo he pagado el mes y estoy aquí por mi dinero, como todo el mundo—dijo la Michonneau dirigiendo una viperina mirada á sus compañeros de posada.

—Que no quede por eso—dijo Rastignac.—Nosotros le satisfaremos el importe.

—Sí, el señor apoya á Collín y se comprende—respondió dirigiendo al estudiante una furiosa é interrogadora mirada.

Al oír estas palabras, Eugenio dió un paso como para precipitarse sobre la solterona y estrangularla. Aquella mirada, cuya perfidia comprendió, acababa de iluminarle el alma.

—Déjela usted, hombre—gritaron los huéspedes.

Rastignac se cruzó de brazos y permaneció mudo.

—Acabemos de una vez con la señorita Judas—dijo el pintor dirigiéndose á la señora Vauquer.—Señora, si no pone usted á la puerta á la señorita Michonneau, dejamos todos su barraca y diremos en todas partes que sólo da albergue á delatores y á bandidos. En el caso contrario, todos guardaremos silencio acerca de este acontecimiento, que, después de todo, podría ocurrir



en cualquier parte, mientras no se marque en la frente á los presidarios y no se les prohíba disfrazarse de particulares.

Al oír estas palabras, la señora Vauquer recobró milagrosamente la salud, se levantó, se cruzó de brazos y abrió sus ojos claros y sin apariencia de lágrimas.

—Pero, señores ¿quieren ustedes arruinarme? ¡Oh! Dios mío, ya se ha ido el señor Vautrín, al que no puedo menos de llamar por su nombre de hombre honrado. Con su marcha me queda una habitación vacía, y ¿quieren que me queden dos más en una estación en que todo el mundo tiene casa?

—Señores, tomemos los sombreros y vayamos á comer á la plaza de Sorbona, á casa de Flicoteaux—dijo Bianchón.

La señora Vauquer calculó de una mirada cuál sería el partido más ventajoso, y aproximándose á la señorita Michonneau, le dijo:

—Vamos, hermosa mía ¿desea usted la muerte de mi establecimiento? Ya ve usted á qué extremo me reducen estos señores. Súbase á su cuarto por esta noche.

—No, no—gritaron los huéspedes—queremos que se vaya al instante.

—Pero si la pobre no ha comido aún—dijo Poiret con lastimero tono.

—¡Qué se vaya á comer adónde quiera!—gritaron varias voces.

—¡Á la puerta con la espía!

—¡Á la puerta los espías!

—Señores—exclamó Poiret,—respeten ustedes á una persona del sexo...

—Los espías no tienen sexo—dijo el pintor.

—¡Vaya un sexorama!

—¡Á la puertorama con ella!

—¡Señores, esto es indecente! Cuando se despide á una persona se deben guardar las formas. Nosotros hemos pagado y nos quedamos—dijo Poiret poniéndose la gorra y sentándose en una silla al lado de la señorita Michonneau, que escuchaba los ruegos de la patrona.

—¡Pillín!—le dijo el pintor con aire cómico.—¡Más que pillín!

—Bueno, si ustedes no se van, nos iremos nosotros—dijo Bianchón.

Y los huéspedes hicieron en masa un movimiento hacia el salón.

—Señorita ¿quiere usted arruinarme?—dijo la señora Vauquer.—Si se queda, harán con usted alguna violencia.

La señorita Michonneau se levantó.

—¡Se irá!

—¡No se irá!

—¡Se irá!

—¡No se irá!

Estas palabras, dichas alternativamente, y la hostilidad de los dichos que empezaban á oírse acerca de la señorita Michonneau, obligaron á ésta á marcharse, después de algunas estipulaciones hechas en voz baja con la patrona.

—Me voy á casa de la señora Buneaud—dijo con aire amenazador.

—Váyase adónde quiera, señorita—dijo la señora Vauquer, que vió una cruel injuria en la elección de una



posada que competía con la suya y que, por lo tanto, le era odiosa.—Váyase á casa de la Buneaud, que allí tendrá un vino capaz de hacer reventar á cualquiera y platos comprados á los revendedores.

Los huéspedes se pusieron en dos filas guardando el mayor silencio. Poiret miró con tanta ternura á la señorita Michonneau y se mostró tan indeciso por si seguirla ó quedarse, que los huéspedes, satisfechos con la marcha de la señorita Michonneau, se miraron riéndose.

—Je, je, je.

—Poiret—le gritó el pintor,—vamos, hombre ¡ánimo!

El empleado del Museo se puso á cantar cómicamente este principio de una conocida canción:

Á la Habana me voy  
Te lo vengo á decir...

—Vamos, que se muere usted de gana, *trahit sua quemque voluptas*—dijo Bianchón.

—Cada cual sigue á la suya, traducción libre de Virgilio—dijo uno de los concurrentes.

La señorita Michonneau hizo ademán de tomar el brazo de Poiret mirándole, y éste, no pudiendo resistir á esta llamada, fué á unirse á la solterona. Este hecho motivó una explosión de risas y de aplausos.

—¡Bien, por Poiret!

—¡Bravo, Poiret!

—¡Apolo Poiret!

—¡Marte Poiret!

—¡Valeroso Poiret!

En este momento entró un recadero y entregó una

carta á la señora Vauquer, la cual se dejó caer sobre una silla después de haberla leído, diciendo:

—Parece que el fuego de Dios quiere destruir mi casa. El hijo de Taillefer ha muerto á las tres, y ahora sufro el castigo por haber deseado el bien á esas señoras en detrimento de aquel joven. La señora Couture y Victorina me piden su ropa y se van á vivir á casa de su padre. El señor Taillefer permite á su hija que conserve á su lado á la señora Couture como dama de compañía. Cuatro habitaciones vacías y cinco huéspedes menos. La desgracia ha entrado en mi casa—añadió sentándose y amenazando llorar.

El ruido de un coche que se detenía á la puerta resonó de pronto en la calle.

—¿Alguna noticia nueva aún?—dijo Silvia.

Goriot se presentó de pronto con una cara tan radiante de alegría, que hubiera hecho creer á cualquiera en la regeneración.

—¡Goriot en coche!—dijeron los huéspedes.—¡Esto es el fin del mundo!

El buen hombre se encaminó directamente hacia Eugenio, que permanecía pensativo en un rincón, y tomándole de un brazo vigorosamente, le dijo:

—Venga usted.

—¿No sabe usted lo que ocurre?—le preguntó Eugenio.—Vautrín era un presidario escapado y la policía acaba de detenerle, y el hijo de Taillefer ha muerto.

—Y ¿qué nos importa todo eso?—respondió el padre Goriot.—Hoy como con mi hija en la habitación de usted. Ella nos espera allí, vamos.

Y tiró tan violentamente á Rastignac del brazo,



que le hizo andar á la fuerza y pareció secuestrarlo.

—¡Comamos!—gritó el pintor.

Todo el mundo tomó su silla y se sentó á la mesa, cuando la gruesa Silvia dijo de pronto:

—Hombre, todo es desgracia, hoy se me han pegado las judías; pero, en fin, tendrán ustedes que comerlas así.

La señora Vauquer no tuvo valor para pronunciar ni una palabra al ver únicamente á su mesa diez personas en lugar de las diez y ocho de costumbre; pero todo el mundo procuró consolarla y alegrarla. Si los externos hablaron al principio de Vautrín y de los acontecimientos del día, luego no tardaron en obedecer á la marcha serpentina de su conversación y se pusieron á charlar de duelos, de presidio, de la justicia, de las leyes y de las cárceles, tanto, que al terminar estaban ya á mil leguas de Jacobo Collín, de Victorina y de su hermano. Aunque no eran más que diez, gritaron como veinte, y parecían ser más numerosos que de ordinario: esta fué la única diferencia que hubo entre esta comida y la de la víspera. La indiferencia habitual de este mundo egoísta que al día siguiente debía tener en los acontecimientos cotidianos de París alguna otra víctima que devorar, imperó, y hasta la misma señora Vauquer se dejó calmar por las frases de esperanza que le dirigió la gruesa Silvia. Aquel día debía de ser hasta la noche una fantasmagoría para Eugenio, el cual, á pesar de la fuerza de su carácter y de la firmeza de su razón, no sabía cómo clasificar sus ideas cuando se encontró en el coche al lado del padre Goriot, cuyas palabras denotaban una inusitada alegría y resonaban en su oído,

después de tantas emociones, como las palabras que oímos en sueños.

—Esta mañana se ha acabado todo. Comemos los tres juntos ¡juntos! ¿comprende usted? Hace ya cuatro años que no he comido con mi pequeña Delfina, que va á ser mía toda la noche. Estamos en su habitación desde esta mañana. He trabajado como un obrero, en mangas de camisa, y ayudé á llevar los muebles. ¡Ah! usted no sabe lo cariñosa que ella es en la mesa. Se ocupará de mí, diciéndome: «Papá, coma usted esto, que está bueno.» Y entonces yo ya no puedo comer. ¡Oh! cuánto tiempo hacía que no estaba tranquilo con ella como voy á estarlo esta noche.

—Pero ¿se ha trastornado hoy el mundo?—preguntó Eugenio.

—¿Trastornado?—dijo el padre Goriot.—En ninguna época ha estado tan bien el mundo. Yo no veo más que caras alegres en las calles, gentes que se dan apretones de manos y que se abrazan, y personas felices como si fuesen á comer á casa de sus hijos una buena comida que ella misma encargó delante de mí al dueño del Café de los Ingleses. Pero ¡bah! al lado de ella el acíbar sería para mí dulce como la miel.

—Creo volver á la vida—dijo Eugenio.

—Pero ¡arree usted, cochero!—gritó el padre Goriot abriendo la ventanilla de delante.—Vaya más aprisa, y si me lleva en diez minutos donde usted sabe, le daré cinco francos de propina.

Al oír esta promesa, el cochero atravesó París con la rapidez del rayo.

—¡Qué poco arrea este cochero!—decía Goriot.



—Pero ¿adónde me lleva usted?—preguntó Rastignac.

—Á su casa—dijo el padre Goriot.

El coche se detuvo en la calle de Artois. El buen hombre bajó primero y le dió diez francos al cochero con la prodigalidad de un hombre viudo que, en el paroxismo de su placer, no tiene en cuenta nada.

—Ya podemos subir—dijo á Rastignac haciéndole atravesar un patio y conduciéndole á la puerta de una habitación situada en el tercer piso, en la parte trasera de una casa nueva y de hermosa apariencia.

El padre Goriot no necesitó llamar. Teresa, la camarera de la señora de Nucingen, les abrió la puerta. Eugenio se encontró en una deliciosa habitación de soltero compuesta de una antesala, un saloncito, un dormitorio y un gabinete con vistas á un jardín. En el saloncito, cuyo mobiliario y adornos podía sostener la comparación con lo más bonito y elegante que se conocía, vió á la luz de las bujías á Delfina, que se levantó de un sofá colocado al lado del fuego, dejó su abanico sobre la chimenea y le dijo con cariñosa voz:

—Conque ¿ha sido preciso ir á buscarle?

Teresa salió. El estudiante tomó á Delfina en sus brazos, la estrechó fuertemente contra su corazón y lloró de alegría. Este último contraste entre lo que veía y lo que acababa de ver el mismo día en que tantas emociones habían fatigado su corazón y su cabeza, determinó en Rastignac un acceso de sensibilidad nerviosa.

—Ya sabía yo que te quería—dijo el padre Goriot en voz baja á su hija, mientras que Eugenio, abatido, yacía en el sofá sin poder pronunciar palabra y sin darse cuenta siquiera de las sensaciones que sufría.

—Pero, venga usted y verá—le dijo la señora de Nucingen tomándole por la mano y llevándole á un cuarto cuyas alfombras, muebles y menores detalles le recordaban, en pequeño, el mobiliario de Delfina.

—Aquí falta una cama—dijo Rastignac.

—Sí, señor—dijo ella ruborizándose y estrechándole la mano.

Eugenio la miró, y, aunque joven, comprendió todo el pudor verdadero que encerraba el corazón de una mujer amante.

—Es usted una de esas criaturas á quienes se debe adorar siempre—le dijo Delfina al oído.—Sí, puesto que nos comprendemos tan bien, me atrevo á decirselo: cuanto más vivo y sincero es el amor, más misterioso y velado debe ser. No descubramos nuestro secreto á nadie.

—¡Oh! yo prometo no ser alguien—dijo el padre Goriot gruñendo.

—Usted ya sabe que es *nosotros*.

—¡Ah! eso es lo que yo quería. ¿No haréis caso de mí, verdad? Yo iré y vendré como un espíritu que está en todas partes y que se sabe que está presente sin verle. Bien, Delfina bien. ¿No tuve razón en decirte: «Hay una habitación muy bonita en la calle de Artois, alquilémosla»? Tú no querías. ¡Ah! yo soy el autor de tus goces, como soy el autor de tus días. Los padres tienen que dar siempre para ser felices. El dar siempre es lo que constituye á un padre.

—¡Cómo!—dijo Eugenio.

—Sí, ella no quería; temió que dijese tonterías, como si el mundo valiese lo que vale la dicha. Pero todas las mujeres sueñan con hacer lo que ella hace.



El padre Goriot hablaba sólo ya, porque la señora de Nucingen había llevado á Rastignac al gabinete, donde se oyó el ligero ruido de un beso. Este gabinete estaba en armonía con la elegancia de todo el piso, en el cual no faltaba nada.

—¿Se han adivinado bien sus deseos, caballero?—dijo Delfina volviendo al salón para sentarse á la mesa.

—¡Ay de mí sí, demasiado bien. Este lujo tan completo, estos hermosos sueños realizados y todas las poesías de una vida de hombre joven y elegante, las siento demasiado bien para merecerlas; pero no puedo aceptarlas de usted, y soy demasiado pobre aun para...

—¡Ah! ¡oh! ¿se resiste usted ya?—dijo Delfina con cierta autoridad burlona haciendo una de esas muecas que hacen las mujeres cuando quieren burlarse de algún escrúpulo para disiparlo mejor.

Eugenio se había consultado demasiado solemnemente aquel día, y acababa de corroborar sus sentimientos nobles la prisión de Vautrín, demostrándole la profundidad del abismo en que había estado á punto de caer, para que cediese á aquella cariñosa refutación de sus generosas ideas. Una profunda tristeza se apoderó de él.

—¡Cómo!—dijo la señora de Nucingen—¿se negaría usted á aceptar? ¿Sabe usted lo que significa semejante negativa? Usted duda del porvenir y no se atreve á unirse á mí. ¿Teme usted acaso hacer traición á mi cariño? Si me ama usted, si yo le amo ¿por qué recula ante tan poca cosa? Si conociese usted el placer que he tenido en ocuparme de este hogar de soltero, no titubearía y me pediría perdón. Tenía en mi poder dinero suyo y lo he empleado bien, esto es todo. Cree usted

ser grande y es pequeño. Además, que pide usted cosas de más importancia—añadió al ver una apasionada mirada de Eugenio,—y en cambio hace usted mil remilgos para recibir cosas que nada valen. Si usted no me quiere, entonces, sí, no acepte. Mi suerte está en una palabra. Hable usted. Pero, padre, dígame usted algo—añadió volviéndose hacia su padre después de una pausa.—¿Cree acaso que no estoy tan celosa de su amor como él mismo?

Escuchando esta bonita disputa, el padre Goriot sonreía como un salvaje.

—Niño, está usted á la entrada de la vida—repuso Delfina cogiéndole la mano á Eugenio.—Encuentra usted una barrera insuperable para muchas gentes, una mano de mujer se la abre ¿y recula usted? ¡Oh! usted medrará, el éxito está escrito en su frente y hará usted una gran fortuna. ¿Y no podrá entonces devolverme lo que yo le presto hoy? ¿No daban antaño las damas á sus caballeros armaduras, espadas, cascos, cotas de malla y caballos, para que pudiesen ir á combatir en su nombre en los torneos? Pues bien, Eugenio, las cosas que yo le ofrezco son las armas de la época, útiles necesarios para el que quiere ser algo. Bonito es el granero que usted habita, que se parece al cuarto de papá. Vamos ¿no comemos? ¿Quiere usted entristecerme? Responda—añadió sacudiéndole el brazo.—Dios mío, papá, decidale usted, ó me voy y no vuelvo nunca más.

—Yo voy á decidirle—dijo el padre Goriot saliendo de su éxtasis.—Señorito Eugenio, iba usted á pedir dinero prestado á unos judíos ¿verdad?

—¿Qué remedio me queda?—contestó el joven.



—Bueno, pues ya le he cogido á usted—repuso el buen hombre sacando del bolsillo una cartera vieja de cuero.—Yo me he hecho judío y he pagado todas las facturas. Aquí lo tiene usted. No debe usted un céntimo de todo lo que hay aquí, lo cual no es gran cosa, pues asciende á lo sumo á cinco mil francos. Yo se lo presto, y á mí supongo que no me lo rechazará, porque no soy mujer. Me extenderá usted un recibo, y ya me devolverá la suma cuando pueda.

Algunas lágrimas brotaron á la vez de los ojos de Eugenio y de Delfina, los cuales se miraron sorprendidos. Rastignac tendió la mano al buen hombre y se la estrechó.

—¡Hombre! ¿no sois vosotros mis hijos?—dijo Goriot.

—Pero, papá—repuso la señora de Nucingen—¿cómo se ha arreglado usted?

—¡Ah! ya verás—respondió el anciano.—Cuando te decidí á traerle á tu lado y te vi comprando cosas como una recién casada, me dije: «Se va á encontrar apurada». El procurador afirma que el pleito con tu marido para que te devuelva tu fortuna durará lo menos seis meses. Así es que vendí mis mil trescientos cincuenta francos de renta perpetua, me hice con quince mil francos, tomé mil doscientos francos de renta vitalicia y pagué vuestras compras con el resto del capital, hijos míos. Yo tengo arriba un cuarto que me cuesta cincuenta escudos al año, y con dos francos diarios tendré bastante y aun me sobrará. Yo no gasto apenas nada ni necesito casi ropa. Hace ya quince días que me decía para mis adentros: «Ahora vais á ser felices». ¿Verdad que lo sois?

—¡Oh! papá, papá—dijo la señora de Nucingen abrazándose al cuello de su padre, cubriéndole de besos, acariciando sus mejillas con sus cabellos rubios y cubriendo de lágrimas aquel rostro viejo radiante de alegría.—Padre querido, usted es un padre y no hay otro igual en la tierra. Eugenio le quería á usted ya; ¿qué será ahora?

—Pero, hijos míos—decía Goriot, que hacía diez años que no había sentido latir junto al suyo el corazón de su hija;—pero, Delfinita ¿quieres matarme de alegría? Mi pobre corazón estalla. Vaya, señorito Eugenio, ya estamos en paz—añadió el anciano estrechando á su hija con delirio.

—¡Ay! ¡me hace daño!—dijo Delfina.

—¿Te hago daño?—dijo Goriot palideciendo.

Para describir la fisonomía de aquel Cristo de la paternidad sería preciso hacer comparaciones con las imágenes que los príncipes de la paleta han inventado para describir la pasión sufrida, en beneficio de los mundos, por el Salvador de los hombres. El padre Goriot besó cariñosamente la cintura que había sido oprimida por sus dedos, diciendo:

—No, no, yo no te hago daño, eres tú la que me disgustas con tus gritos. Todo esto cuesta más caro—dijo al oído á su hija besándola con precaución;—pero hay que engañarle para que no se enfade.

Eugenio estaba petrificado ante la inagotable abnegación de aquel hombre, y lo contemplaba expresando esa sencilla admiración que es la fe de la juventud.

—Seré digno de todo esto—exclamó Rastignac.

—¡Oh! Eugenio mío ¡qué hermoso es lo que acaba